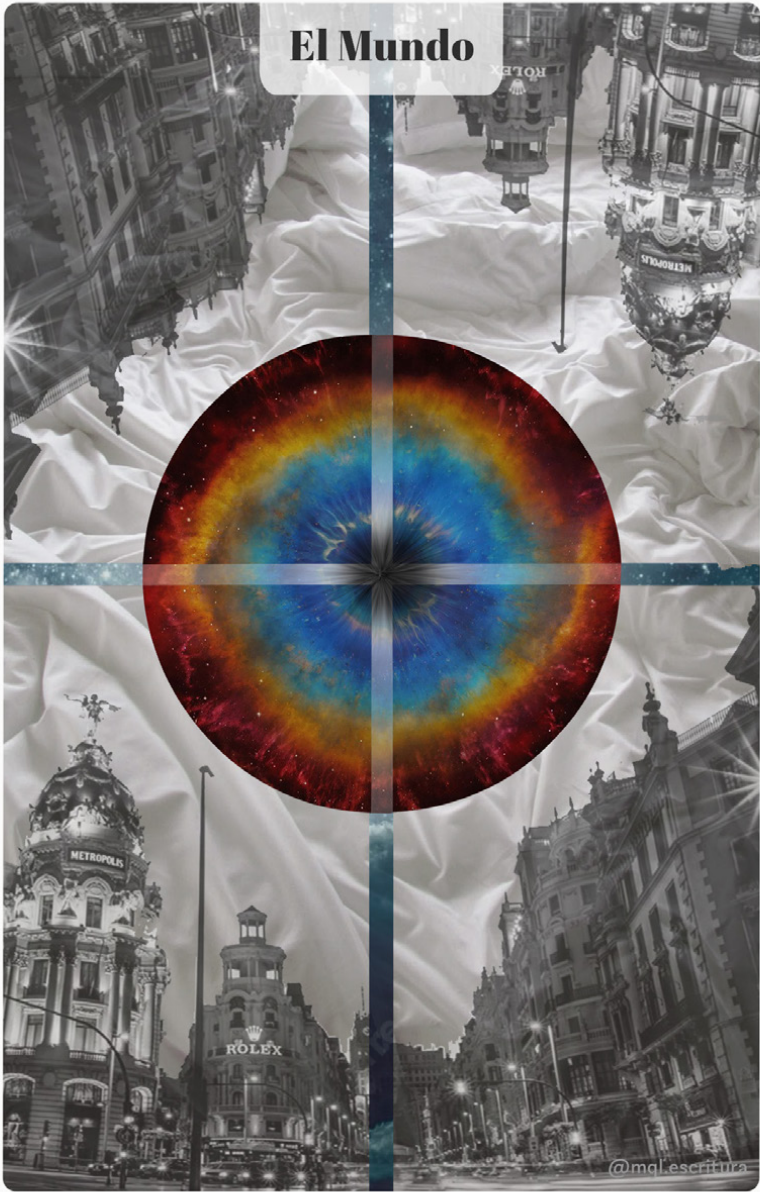


# El Mundo



@mq1.escribana

© El Mundo, 2022

© Jesús Talón PJ, 2022

© de la ilustración: María Gabriela Lovera Montero

Petalurgia, 2022

Colección Arcania



petalurgia@gmail.com

www.petalurgia.com

@petalurgia

Dirección editorial: María Gabriela Lovera Montero

Selección editorial / Arcania Tarot: José Miguel Navas

Diseño y maquetación:

María Gabriela Lovera Montero

Licencia Creative Commons:



Reconocimiento / No comercial

Sin obra derivada / 4.0 Internacional

Madrid, 2022

# El Mundo



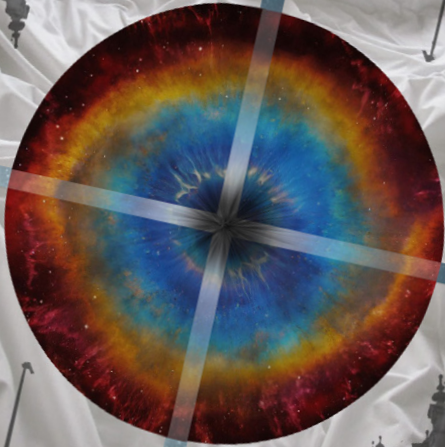




El Mundo  
Jesús Talón PJ

Colección Arcania

# El Mundo



@mqj.escritura

## ARCANO XXI

**T**ermina un ciclo y da paso a días de un extraño color azul oscuro. De la sombra a la luz apenas hay cambios, pero no me importa. Un segundo suspendido en nueve, diez o tal vez once... el caso es que el tiempo pierde su valor. Llegado este momento, no hay sol ni luna; solo hay vida.

Con mi vestido de gasa verde, un pañuelo rojo a modo de cinturón y unas bailarinas a juego con la cinta que me recoge el pelo, regreso a casa tras dar un agradable paseo por las calles del centro de Madrid. Entre la gente, tanta gente, toda esa gente sumergida en su ruido, he percibido el silencio y el vacío de la búsqueda. ¿Tal vez sea tarde? No, nunca es tarde; siempre es presente. Y sonrío.

Te sonrío desde la mirada, ahora, en este instante, mientras contemplas un precioso atardecer desde el viaducto de la calle Bailén. Pareces recordar tu infancia al escuchar canciones de aquellos años desde un lugar indefinido. ¿Fue entonces cuando decidiste llevar el pelo corto? A la izquierda, en esa terraza de bar donde muchos se detienen por diferentes razones o

estados de ánimo; donde, ese olor a fritanga y a cerveza de lata te abren el apetito, ¿fue el punto de partida, cuando todo cobró sentido? Sigamos caminando, estamos cerca. Ven, toma mi mano, estamos cerca.

A nuestro paso, las farolas van indicando el camino. Los muros entre portal y portal se iluminan con anuncios publicitarios o rótulos de neón de otros bares con otros sonos y otros ritmos... En toda esta plenitud hasta el silencio es música ¿no crees? Ya hemos llegado.

Ven, sube conmigo. Hagamos antes una pausa en el portal. No digas nada... ¿lo notas? Afuera hace el calor de este verano anticipado, ¿ves? fuera de tiempo ¿y acaso importa? Aquí se está muy a gusto. ¿Te da miedo la oscuridad? No tengas prisa, tus ojos se irán adaptando a esta nueva situación. ¿Qué ves, te gusta? Tienes razón, no hay prisa. Poco a poco el abismo se irá poblando de sombras. ¿Y luego? de perfiles difusos que cobrarán una dulce nitidez según los tonos del ambiente callejero, según cómo se filtre y refleje en los cristales de las ventanas: verde, rojo, ámbar, azul eléctrico y rosa intermitentes... Dime ahora ¿qué ves? ¿Te gusta? Subamos, ven, pongámonos cómodas mientras todo gira y gira.

Reímos como dos tontas y aceleramos el paso hasta competir en una jovial carrera escaleras arriba. El deslizar de las suelas de nuestro ligero calzado sobre el firme de estas antiguas baldosas gastadas produce ese eco tan sutil del goce del ahora. Esta danza constante de alegrías y desvelos en una vida consumada, no



por el paso del tiempo —¿¡qué tiempo!?,—, sino por el disfrute de cada instante, de cada quién, de cada qué y dónde, ¡sin cuándo! porque ahora es siempre, Amor: ahora es siempre.

Toma aire, Vida, y sigamos riendo y cantando. Dejaré abierta la puerta para todo el que quiera venir. Entretenos. Ven, pasa y ponte cómoda. ¿Quieres algo de beber?

Camino por el interior de un salón diáfano. Un largo ventanal capta la luz naranja de las farolas produciendo sombras. Al fondo, en el muro de ladrillo visto, junto al fregadero, la cocina de gas y una alacena, puse una nevera estilo años cincuenta y en ella siempre dejo una jarra de agua con limón y un poco de azúcar. Ven, pasa; a tu izquierda encontrarás los vasos, en ese mueble pequeño de madera. Sentémonos en las butacas de mimbre, junto a la mesita de cristal.

Sirvo de la jarra y suspiro antes de solicitar un brindis. Bebemos con deleite este primer trago y, con el segundo, apuramos el contenido como dos niñas pequeñas ante su refresco favorito. Me miras y ríes. Por favor, más, pareces musitar con la mirada tendiendo el brazo. Mis ojos acogerán esta instantánea con cariño y, en parte, también con deseo. Serviré de nuevo, bebemos y dejaré que suceda.

Por favor, ponte cómoda. Si necesitas algo, pídemelo. Prepararé otra bebida mientras te recuestas en la butaca.

Me descalzo pisando la talonera de mis zapatillas y deambulo hacia el fondo de la sala. Deshago el nudo

del pañuelo rojo y dejo que el vestido se abra trazando una estela. Esta vez traigo conmigo varillas de incienso, un mechero y el estuche de cuero marrón con la delgada pipa vietnamita. ¿Te apetece fumar? ¡Oh, vaya, la bebida!

¿Quieres que abra las ventanas? Desde aquí podemos ver el paisaje de la ciudad. Un paisaje camaleónico de edificios que mutan de forma y color a cada parpadeo. Fíjate en cada detalle, hazlo tuyo, porque no volverá a ser igual aunque siga pareciendo lo mismo. Desde estos cercos de madera, con sus vanos llenos de ojos secos de cristal, podemos ser indiscretas o testigos protegidos, ver y ser vistas. ¿Qué prefieres? A mí me da igual.

Prendo el incienso. Observo la pequeña llama y le ofrezco mi aliento para convertirla en humo, en esencia de lavanda y de sándalo. Al reclinarme el vestido queda completamente abierto y puedes apreciar que, en efecto, solo llevo una prenda de gasa verde que me cubre y en el suelo, junto a mis pies descalzos, el pañuelo rojo que lo cerraba.

Sonríes nerviosa. Sonrío excitada. Giro de puntillas y me dejo caer sobre la butaca, a tu lado, con despreocupación, mostrando mi desnudez. No dices nada, solo miras. No digo nada, solo me dejo llevar.

Con la parsimonia de un ritual cargo la pipa. Me detengo en apretar con suavidad el contenido de la pequeña cazoleta. Tomo el mechero y prendo la picadura tirando pequeños besos desde la boquilla. No has sido

consciente de ello, pero he visto cómo te relamías en cada calada.

Exhalo el humo y dejo que la sensación me invada. Lánguida, cae mi mano y, lánguida, la recoges entre las tuyas para tomar también de la pipa. Das un beso suave desde el extremo dulce y ladeas la cabeza antes de expulsar una pequeña nube perfumada. Parpadeas y suspiras. Tú tampoco eres nueva en esto. Ya te sientes plena, aunque nadie más lo sepa, y, a ti, eso te da igual. Tomas otra calada, pero antes besas el dorso de mi mano. Noto tus labios mojados. Acercó la boquilla a los míos y los poso donde quedó el rastro de los tuyos. Cruzamos miradas y reímos. Te quitas la blusa y los pantalones. Fumo.

Tienes sed y marchas en un gracioso trotecillo hacia el fregadero dejando la ropa tirada, dejando tus sandalias de cualquier manera por el camino. Abres el grifo y observas correr el agua. Te reclinas para beber con las manos ofreciendo la suave curvatura de tus nalgas bajo la pequeña braguita azul. Hilos de agua se abren paso por tu barbilla y descienden por tu cuello hasta encontrarse de nuevo entre tus jóvenes pechos. Vuelves la cara y me estremezco iluminada bajo tu mirada de felina. Cierras el grifo y te orientas hacia mí cruzando las piernas desde los tobillos. Apoyada en el fregadero, pasas el dorso de la mano por tu boca y continuas con la palma por el pecho hasta tu vientre.

Deliciosa penumbra. Luces y sombras que realzan todo y no ocultan nada. Desde el exterior, el neón

indeciso de luz verde a ratos, azul en otros, rojo y naranja... Trazos en una habitación vacía frente a la noche; siluetas de dos cuerpos muy vivos y nada más. Qué no daría por un momento de tranquilidad y silencio como este.

Trata de dejar la mente en blanco, Amor.

Siempre a tu lado, Vida.

¿Lo notas?

Puedo sentirlo y lo siento.

Que nada nos detenga, Amor.

Nunca, Vida.

Quería contarte una historia... quizás...

Da igual, Vida.

Entonces empieza tú, Amor.

Sonrío. Sonríes. Doy una calada profunda y exhalo muy despacio mientras desapareces oculta tras la cortina de humo.

Me encuentro mareada. Trato de prestar atención al ritmo de esos pies descalzos, como de niña, desde el otro lado de la sala. Silenciosos. Gatunos. Sinuosos pasos. ¿Estás completamente desnuda? Percibo el susurro intencionado del roce piel con piel, más y más cerca hasta acariciar mi cabeza desde detrás del respaldo de mimbre y soltar la cinta de mi pelo.

Amor... escapa sin aliento de entre mis labios.

Acaricias mi frente y atraes la cabeza hacia ti para que la repose. Las yemas de los dedos bajan a los pómulos y luego al cuello. Te detienes un momento para acomodar la melena, ahora libre, y rozar mi nuca. Conti-

nuas por las clavículas hasta descender a los pechos. Tu mano izquierda prolonga su recorrido hasta el ombligo y el nacimiento del vello sobre mi pubis. Me besas en la mejilla y te ofrezco mi boca. Apenas rozas los labios introduces un poco la lengua y con laxitud, como si flotaras, te sientas en el reposabrazos. Nuestros labios se separan con el brillo efímero de un hilillo de baba.

Vida... susurras.

Tomas la cazuelita de mi mano e inhalas. Vuelves a acercar tu boca a la mía e inhalo. Deslizas los dedos a lo largo de mi brazo hasta llegar a la muñeca, y justo ahí, en la cara interna, depositas un beso. Entornas los ojos y repites. Acaricias mi frente, antes de ponerte en pie y caminar con ese sigilo y esas formas, hasta situarte delante, a contraluz.

Ahora eres una sombra que se proyecta, una figura viva del teatro de marionetas balinesas.

Abre bien los ojos, Vida... dices, Amor, muy bajito. Mírame y escucha esta historia... continuas según tomas mi cabeza entre tus alargadas manos de sombra y la levantas con cuidado hasta mirarnos a los ojos.

Ya has captado mi atención, Amor. Sonrío.

La luz se ha tornado roja. Los contornos pierden definición y se desdibujan en trazos de carboncillo y tiza de color. La figura de la joven sitúa los brazos en torno a su pecho, muy lentamente, a la par que adelanta un poco la pierna derecha. Al flexionar el tronco, se detiene marcando con ello la primera posición para una danza.

Y frente a mí cobra vida la sombra chinesca de una niña que corre en busca de su destino.

Uniformada de colegio, hace volar sus pies en una trepidante carrera a través de múltiples obstáculos naturales que sortea con torpeza. Dos gruesas trenzas describen el vaivén del camino ciego a seguir, del relieve siempre cambiante. Tensión, reflexión, una pausa antes de continuar, de salvar un nuevo obstáculo, de evitar un nuevo revés.

En su pecho, el aliento, y en sus ojos, el temor a tropezar con una piedra, al rasguño por la rama de un árbol... pero nada la detiene. Cuando cae al suelo vuelve a ponerse en pie. A cada paso otro logro y un avance más, no sólo en el espacio, sino también en la experiencia que le regala el tiempo.

Alcanza otro decorado, una nueva etapa; otra nueva yo que sigue siendo la misma.

La oscura figura de la adolescente se detiene ante un acantilado. Por delante, un abismo; detrás, el silencio y los retoños de todo lo que ha sembrado y cultivado hasta el momento. Alza la vista y, con el resuello que la mantiene viva en esta exigente carrera, moldea unas nubes —las nubes de su cielo— donde encontrar descanso. El polvo levantado por los pies y unas briznas de hierba dan forma a un suelo —su suelo— donde seguir dejando la huella de sus pasos en el camino —su camino— con firmeza, con seguridad, abriéndose paso hacia otras veredas.

Y aunque todo fuera una ilusión, sin dudarlo, la silueta saltaría al vacío con los brazos abiertos para crear así seres que puedan volar, para liberar del risco la roca que impide el paso a otras entidades salvajes y pobladoras. Esta es su justicia, verdadera justicia de una tierra que no arrebatara ni sacrificara bajo ningún orden; solo te hace libre.

La incompreensión es un riesgo, y en la caída, el roce del aire con la piel de la muchacha hace saltar rayos y truenos desde lo más hondo de su alma; rayos y truenos que cubrirán de lluvias esa tierra yerma para fertilizarla dando forma a grandes prados verdes y colinas cubiertas de hermosas flores que se extiendan en manto más allá del horizonte. Pero nada puede amortiguar el golpe cuando estás viva y sientes brotar de tu cuerpo algunas gotas de sangre y lágrimas que marcarán para siempre ese trocito de terreno que no volverás a habitar.

Fluyen los ríos con fuerza desde su nacimiento. Las olas del mar, ¡atrevidas! coronan de espuma aquello que con pasión besan en ese primer encuentro. Y trémulas se despiden frías, como las caricias sobre la tibia piel de las ágiles piernas de una mujer, de sus fuertes brazos, de su corazón rugiente en esta carrera, junto con las cicatrices de otros tiempos.

La elasticidad no se pierde porque se transforma en holgura. La misma gracia y compostura, pero con mucha más picardía. Incluso grité y luché con bravura hasta perder la voz y todo para darme cuenta de que

el fuego de mi ser nadie lo podrá alcanzar ni lograrán sofocarlo. Nada más fácil que enfrentarme a esos demonios heredados; a todo aquello que está ahí fuera.

Nada detiene a la sombra danzante. Sigue y sigue corriendo en progresión imperiosa y creciente. Los dedos de sus manos se crispan en un puño que comienza a arder llevando luz donde solo habitan fantasmas. Sus uñas, como garras, dejan una profunda huella sobre cada uno de los elementos. Y su espíritu se libera de clichés y ataduras para encrespase adoptando el dibujo de una fiera.

Cada vez más y más formas. Sé que me buscas y estoy atrapada en el interior de este caparazón. Cada vez mayor velocidad en los acontecimientos. A zancadas aceleras tus pasos hasta hacer temblar todo lo que nos rodea y desmoronarlo bajo tus pies. El tono de los músculos, las hogueras en tus pupilas, de entre los labios asoman las puntas de dos colmillos que...

Estoy alcanzando el clímax. Un destello ilumina el cielo. ¡No te detengas ahora! Otro fuerte destello. ¡No te detengas!

Con un gemido desgarrador, arqueadas y temblorosas de placer, descargamos toda esa energía, liberamos nuestra esencia, nuestra luz y nuestras vidas. Te aprieto fuerte contra mí dando gracias... Jadeante y sudorosa... te doy las gracias.

Siento alivio. Percibo tu respiración en el cuello. Abrazo tu cuerpo aún caliente. No quiero soltarte.

Y cedemos, acompasadas, con un profundo suspi-



ro, al cansancio y la flojera de después. Por unos instantes no decimos nada.

Haces por cambiar de postura y te deslizas hasta quedar de rodillas a un lado de la butaca. Al final decides caer tumbada en el suelo. Te sigo. Las baldosas están frescas y me agrada.

El dulce abandono de tu mano descubre la emoción en mis ojos al apartar un mechón de pelo. Prolongas la caricia hasta el mentón y me besas sin fuerzas en la mejilla. Necesito besarte, compartir este aliento, y vuelvo la cara, después los hombros y por fin la cadera hasta pegar mi cuerpo al tuyo y sellar nuestros labios. Te atraigo hacia mí, te acojo, con las extremidades temblorosas por el agotamiento y la lucha, te abrazo, te beso.

Me deshago al verte despeinada; estás muy graciosa.

Sí, mi ángel, líbrate de ello... susurras con los ojos entornados.

Las calles descansan en el silencio de la madrugada.

El sueño nos vence.

Las farolas se apagan y todo vuelve a ser negro, verde y azul.

Tras el cerco de la puerta, el oscuro pasillo hacia el tiro de escaleras y el portal.

El frescor de la mañana.

El sueño nos vence.

El lucero del alba en el cielo.

Un nuevo ciclo.

Nuevo amanecer.



JESÚS TALÓN PJ  
(Madrid, 1978)

Licenciado en Humanidades, músico y dibujante ocasional. Es autor de *Entropía* (2018) y de *Ritos paganos* (2020).



[www.petalurgia.com](http://www.petalurgia.com)  
[petalurgia@gmail.com](mailto:petalurgia@gmail.com)  
[@petalurgia](#)